



Arriba y abajo

Nunca delante de los criados, de F. V. Dawes, muestra la invencible asimetría de las relaciones humanas

POR R. MELÉNDEZ SALMÓN

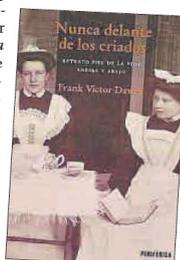
■ En 1972, el periodista Frank Victor Dawes era director de informativos de la sección radiofónica de la BBC. En abril de ese mismo año, después de publicar un anuncio en The Daily Telegraph en el que solicitaba a empleados y patronos del servicio doméstico en Inglaterra que le enviaran el testimonio de sus vivencias, se marchó de vacaciones con su familia. Al regresar de su descanso, Dawes apenas fue capaz de abrir la puerta de su casa debido al correo que en respuesta a su demanda se había acumulado.

Cuando aquellos relatos de vida dejaron de llegar, Dawes había recopilado más de 700 historias y había acumulado material para redactar un libro apasionante, *Nunca delante de los criados*, que se puede leer como la investigación de campo de un antropólogo social aficionado, pero también como la enemiga demostración de que el concepto de clase, por más que se manifieste bajo otros alias, no solo es una constante en la historia, sino que sigue operando como uno de los más ajustados y mejores artefactos a la hora de explicar la inevitable e invencible asimetría que conforma las relaciones humanas.

Nunca delante de los criados entierra toda tentación que pudiera sobrevivir a la hora de considerar el trabajo doméstico como una actividad edificante y desmonta el mito

del buen señor y del lacayo complaciente. A la luz del estudio de Dawes, edulcorar lo que no es otra cosa que una escuela de servidumbre se antoja inviable, por más que, ocasionalmente, en el testimonio de empleados y empleadores haya espacio para una gratitud que tiene mucho de indefinición aprendida e incluso para la nostalgia por un tiempo en el que ciertas certezas se podían todavía amparar bajo la lógica del paternalismo, revestido en el caso que nos ocupa de un odioso sesgo de cariz sexual.

La disciplina de hombres, mujeres, niños y niñas que se entregaban al servicio a cambio de poco más que techo y comida, con horarios regimentados *manu militari*, con pautas de actuación conventuales y con el sometimiento efectivo de su educación, de su voluntad y por supuesto de sus deseos al arbitrio y a la discrecionalidad de una aristocracia y de una clase media que, en el marco de la Inglaterra victoriana y eduardiana, fundaban su estatus sobre la consideración como mano de obra esclava de una ingente parte de la población, obliga a una revisión, dolorosísima en ocasiones, en torno a los patronos de control y de sumisión gracias a los cuales las sociedades opulentas han podido construir y mantener sus fortalezas de confort, lujo y ociosidad.



FRANK VICTOR DAWES
Nunca delante de los criados
Traducción de A. de los Santos
Periférica
256 páginas, 18,50 euros

La obra entierra toda tentación de ver el trabajo doméstico como una actividad edificante

Una dolorosa lacra

No en vano, en una época, la actual, en la que apretadas falanges de jóvenes y de no tan jóvenes malviven en la precariedad de los subempleos y en la nueva semántica de la malhadada lucha de clases, la lectura de *Nunca delante de los criados* arroja una luz cruda, despiadada y feroz sobre la más terrible, dolorosa lacra de cualquier sociedad, también de la nuestra: la desigualdad.

Un senil servicio a su majestad

Mick Herron se consolida como una de las grandes voces del género de espías con su cuarta novela

POR MARTA MARNE

■ La Casa de la Ciénaga no es conocida por la eficiencia de sus instalaciones ni tampoco por la de sus trabajadores. El desvencijado edificio de oficinas situado en Aldersgate Street alberga a los caballos lentos, a todos aquellos empleados del servicio secreto que en algún momento de su carrera cometieron un error que llamó tanto la atención que han sido retirados de forma discreta. Siempre es mucho mejor tener controladas y localizadas a este tipo de personas para poder evitar que vuelvan a ponerse en el punto de mira.

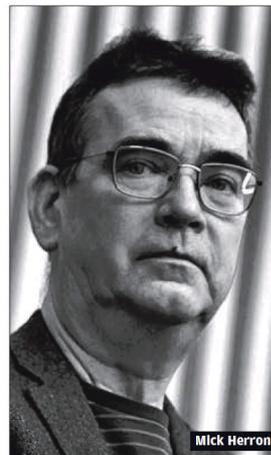
Estamos a principios de enero, dos días después de la ejecución de un brutal atentado en el centro comercial de Westacres que se ha llevado por delante más de 40 vidas. Jackson Lamb hace días que no aparece por la oficina y eso hace que todos estén un poco más relajados. Tenemos a su vez a River Cartwright preocupado por su abuelo, el también antiguo espía David Cartwright. Empieza a tener despistes y olvidos que es probable que sean propios de su edad. Pero no es lo mismo confesar a tus vecinos en tus momentos de lucidez que de joven fumabas hierba o que asesinaste a un agente ruso en plena Guerra Fría. Tal vez por eso está pendiente de él, le visita mucho más y comprueba que no comenta ninguna insensatez.

Todo se precipita el día que un cadáver con la cara desfigurada a causa de dos disparos es descubierto en el cuarto de baño de David Cartwright. No parece haber rastro del anciano, y el cuerpo presenta muchas similitudes físicas con el propio River, el nieto del presunto asesino.

Mick Herron suma ya cuatro entregas de la serie de Jackson Lamb con *La calle de los espías* (Salamandra Black, 2022), una de las voces más reconocidas en el momento actual dentro de las novelas sobre espionaje. Tal vez a los amantes de personajes como el George Smiley de John le Carré o el James Bond de Ian Fleming les resulten chocantes los habitantes de la Casa de la Ciénaga.

Personajes peculiares

La corrección política la dejaron en casa, y encontraremos un surtido variado de comentarios misóginos, gordofobos y racistas, hasta el punto de poder incomodar en algunos momentos. Está claro que Herron no busca que los lectores



Mick Herron.

El autor no busca empatía con sus protagonistas; provocar incomodidad es parte del juego

empaticen con sus protagonistas, y que provocarles incomodidad es parte del juego.

Sin duda la fuerza de esta serie reside en su elenco de personajes mucho más que en sus tramas. No hay un solo secundario que no tenga algún tipo de defecto o de peculiaridad, lo que lleva a Herron a envolverlos en conversaciones hilarantes y de lo más singulares.

A ello ayuda el tono escogido para el narrador omnisciente: de poco serviría incluir el sarcasmo y la jocosidad en los diálogos si la voz no fuese aguda e ingeniosa. Se involucra, toma parte y partido dando pie a que el lector sepa desde las primeras líneas por dónde irán los tiros.

Este ha sido uno de los aciertos de la reciente adaptación a la pequeña pantalla de la mano de Apple+. Con James Hawes a la dirección, un siempre brillante Gary Oldman como Jackson Lamb y Kristin Scott Thomas como Diana Taverner, la serie interesa por la acción de sus tramas pero deslumbró por sus diálogos. Han conseguido encontrar el tono que caracteriza a los libros, y resulta una magnífica forma de acercarse a la Casa de la Ciénaga.



MICK HERRON
La calle de los espías
Traducción de A. Padilla Esteban
Salamandra Black
416 páginas, 21 euros